

Ann Napolitano

Hola, preciosa



AdN

Ann

Napolitano

Hola, preciosa

Traducido del inglés por Sonia Tapia

AdN

Título original: *Hello Beautiful*

Diseño de colección: Summa Brading

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Ann Napolitano
© de la traducción: Sonia Tapia Sánchez, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-10-0

Depósito legal: M. 1.083-2024

Printed in Spain

Para Julie y Whit

¿Alguien pensó que es una suerte nacer?
Pues me apresuro a informar de
que la misma suerte es morir, yo lo sé.

Muero con el moribundo y nazco con el niño
recién nacido, y no estoy contenido entre mi
sombrero y mis botas.
Y contemplo múltiples objetos, todos distintos
y todos buenos, la tierra es buena, y las estrellas,
buenas, y sus anexos, todos buenos.

Hojas de hierba, Walt Whitman,
«Canto a mí mismo», estrofa 7

William

Febrero de 1960 – diciembre de 1978

Durante los primeros seis días de la vida de William Waters, no fue hijo único. Tenía una hermana de tres años, una pelirroja llamada Caroline. En casa había películas mudas de Caroline en las que su padre se reía, un espectáculo que William nunca volvió a ver. El hombre mostraba una expresión radiante y la pequeña pelirroja, que se subía el vestido sobre la cara y corría en círculos muerta de risa, parecía ser la razón. Caroline contrajo una fiebre con tos poco después de que William naciera, mientras todavía estaba con su madre en el hospital. Cuando volvieron a casa, la niña mejoró un poco, pero todavía tosía mucho. Una mañana, sus padres fueron a buscarla a su habitación y se la encontraron muerta en la cuna.

Los padres de William jamás mencionaron a Caroline cuando él era pequeño. Tan solo había una foto de ella en una mesa del salón, a la que William se acercaba de vez en cuando para convencerse de que de verdad había tenido una hermana. La familia se trasladó a una casa revestida de tejas azules al otro lado de Newton, una zona residencial de Boston, y en ella William siempre fue hijo único. Su padre era contable y trabajaba muchas horas en la ciudad. Desde la muerte de su hija, el hombre jamás volvió a mostrar una expresión afable. La madre de William fumaba y bebía burbon en el salón, unas veces sola y otras con una vecina. Poseía una colección de delantales con volantes que llevaba para cocinar y se agitaba mucho si alguno se manchaba o se arrugaba.

—A lo mejor no deberías ponerte los delantales para cocinar —sugirió William una vez, cuando su madre, con la cara colorada, estaba a punto de echarse a llorar por una oscura mancha de salsa que había en la tela—. Podrías ponerte solo un trapo enganchado en el cinturón, como la señora Kornet.

Su madre lo miró como si le hubiera hablado en chino.

—La señora Kornet, de la casa de al lado —aclaró William—. Que se pone un trapo...

Desde que tenía cinco años, William iba al parque cercano casi todas las tardes con una pelota de baloncesto. Era un deporte al que, a diferencia del béisbol o el fútbol, podía jugar solo. Había una maltrecha cancha que por lo general tenía un aro libre y ahí se pasaba horas lanzando, imaginándose que era un jugador de los Celtics. Su favorito era Bill Russell, pero para ser él hacía falta otra persona a la que bloquear o contra la que defender. Sam Jones era el mejor lanzador, así que William casi siempre era Jones. Intentaba imitar la perfecta posición de lanzamiento del base mientras los árboles que rodeaban la cancha hacían de público entusiasmado.

Una tarde, cuando tenía diez años, se encontró la cancha ocupada. Unos seis chicos de su edad se perseguían unos a otros y lanzaban la pelota entre los aros. William se dispuso a alejarse, pero uno de los niños le gritó:

—Oye, ¿quieres jugar? —Y sin aguardar respuesta, añadió—: Vas en el equipo azul.

En pocos segundos, William estaba entregado al juego y el corazón le martilleaba en el pecho. Un chico le pasó la pelota y él también la pasó de inmediato, pues temía lanzar y fallar y que luego le dijeran que era un paquete. Unos minutos más tarde, el juego se interrumpió de manera brusca porque alguien tenía que marcharse y los niños se dispersaron en distintas direcciones. William volvió andando a su casa con el corazón todavía acelerado. Después de aquello, de vez en cuando, al llegar con la pelota, se encontraba a los chicos en la cancha. Su presencia no parecía responder a ningún patrón discernible, pero siempre lo incluían en el juego como si fuera uno de ellos. Esto jamás dejó de pasmar a

William, pues hasta entonces ni niños ni adultos habían reparado en él, como si fuera invisible. Sus padres apenas lo miraban siquiera. William había aceptado todo esto y lo consideraba comprensible: al fin y al cabo, era un niño aburrido y anodino. Su principal característica era la falta de color. Tenía el pelo rubio color arena, los ojos azul claro y la piel blanca de la gente de ascendencia inglesa o irlandesa. Por dentro, sabía que era tan apagado y poco interesante como por fuera. En el colegio no hablaba nunca y nadie jugaba con él. Pero los chicos de la cancha de baloncesto le habían ofrecido por primera vez la ocasión de formar parte de algo sin tener que hablar.

En quinto curso, el profesor de gimnasia del colegio le dijo:

—Te he visto por las tardes tirando a canasta ahí fuera. ¿Tu padre es muy alto?

William se lo quedó mirando sin comprender.

—No lo sé. Es normal.

—Vale, o sea que lo más seguro es que seas base. Tienes que trabajar en el manejo del balón. ¿Conoces a Bill Bradley, el tipo ese desgarbado de los Knicks? De niño se pegaba un cartón a las gafas para no mirar hacia abajo. No se veía los pies. Y se ponía a driblar arriba y abajo por la calle con esas gafas puestas. Debía de parecer un loco, sin duda, pero consiguió un manejo del balón impecable. Sabe a la perfección cómo se va a comportar la pelota y cómo encontrarla sin mirar.

Esa tarde, William volvió a casa corriendo, un hormiguelo lo recorría todo el cuerpo. Era la primera vez que un adulto lo miraba directamente, que advertía su presencia, que se fijaba en lo que hacía, y esa atención lo había angustiado. Sufrió un ataque de estornudos mientras revolvía el fondo del cajón de su mesa buscando unas gafas de juguete. Fue al baño dos veces antes de pegar cuidadosamente con celo unos rectángulos de cartón en la parte inferior de las gafas.

Cada vez que se sentía raro o mareado, tenía miedo de morir. Por lo menos una vez al mes se metía bajo las mantas cuando volvía del colegio, pues estaba convencido de que sufría una enferme-

dad terminal. No se lo decía a sus padres porque en su casa no estaba permitido ponerse enfermo. En concreto, toser se consideraba una terrible traición. Cuando tenía un resfriado, William solo se permitía toser dentro de su armario con la puerta cerrada y la cara pegada a la hilera de camisas colgadas que tenía que ponerse para ir al colegio. Era muy consciente de aquella familiar preocupación que le hormigueaba en los hombros y en la nuca mientras salía corriendo a la calle con la pelota y las gafas, pero William no tenía tiempo para enfermedades, no tenía tiempo para miedos. Era como si en aquel momento la última pieza de su identidad estuviera encajando en su lugar. Los chicos de la cancha lo habían reconocido y el profesor de gimnasia también. Tal vez William no tuviera ni idea de quién era, pero el mundo se lo había dicho: era un jugador de baloncesto.

El profesor de gimnasia le dio otros consejos que le permitieron adquirir nuevas habilidades:

—Para defender, empuja a los chicos con el hombro y el culo. Los árbitros no pitan falta por eso. Y haz esprints: da un primer paso rápido y sácale la delantera al contrario.

William también trabajó en sus pases para poder lanzarle la pelota a los mejores jugadores en el parque. Quería mantener su lugar en la cancha y sabía que, si mejoraba el juego de los otros, él mismo adquiriría un valor. Aprendió adónde correr para ofrecer a los lanzadores un espacio por donde colarse. Hacía pantalla para que pudieran tirar desde sus posiciones favoritas. Los chicos le daban palmadas en la espalda después de un buen partido y todos lo querían en su equipo. Aquella aceptación calmó un poco el miedo que William llevaba dentro. En la cancha de baloncesto, sabía qué hacer.

Cuando llegó al instituto, era ya lo bastante bueno como para entrar en el equipo escolar. Medía un metro setenta y tres y jugaba de base. Las horas de práctica con las gafas habían dado su fruto: era con mucho el mejor driblador del equipo y tenía un buen salto a media distancia. Había trabajado en sus rebotes, lo cual ayudó a compensar las pérdidas de balón de su equipo. Lo que mejor se

le daba seguían siendo los pases y sus compañeros sabían que jugaban mejor cuando William estaba en la alineación. Era el único del equipo que estaba en primer curso, de manera que cuando los otros iban a beber cerveza al sótano de cualquier padre dispuesto a hacer la vista gorda, nunca lo invitaban. Todos se llevaron una buena sorpresa cuando, durante el verano que siguió a su segundo año, William creció trece centímetros. Y, una vez que su cuerpo empezó a crecer, ya no hubo manera de detenerlo. Para cuando acabó el instituto, medía dos metros. No podía comer bastante para mantenerse al ritmo de su crecimiento y se fue quedando casi esquelético. Su madre ponía cara de susto cuando lo veía entrar dando bandazos en la cocina por las mañanas y le tendía algo de comer cada vez que se cruzaba con él. Parecía pensar que su delgadez la hacía quedar mal a ella, pues su trabajo era alimentarlo. Sus padres acudían a algún que otro partido de baloncesto, pero solo muy de vez en cuando, y se sentaban educadamente en las gradas como si no conocieran a ningún jugador.

De hecho, no estaban en el partido en el que William fue a por un rebote y lo empujaron en el aire. Su cuerpo se retorció al caer y aterrizó mal sobre la rodilla derecha, que absorbió todo el impacto y todo su peso. William oyó un crujido y luego se hundió en la niebla. El entrenador, que solo tenía dos registros (gritar y farfullar), le gritaba al oído:

—¿Estás bien, Waters?

William, por lo general, respondía tanto a los gritos como a los farfullos con una entonación interrogativa porque nunca se sentía bastante seguro para afirmar nada. Entonces, carraspeó. La niebla que lo rodeaba y que estaba dentro de él era densa y estaba entrelazada con el dolor que le irradiaba desde la rodilla.

—No —contestó.

Se había fracturado la rótula, lo cual significaba que se perdería las últimas siete semanas de la temporada de su penúltimo año. Le pusieron una escayola y tuvo que llevar muletas dos meses. Por primera vez desde que tenía cinco años, no podría jugar al baloncesto.

Sentado a su escritorio en su habitación, tiraba papeles arrugados a la papelera en el otro extremo. Las nubes que habían descendido sobre él con la lesión seguían ahí; notaba la piel húmeda y fría. El médico le había dicho que se recuperaría del todo y podría jugar la temporada de su último año, pero aun así sentía angustia a todas horas. El tiempo también se le hacía raro. Tenía la impresión de que estaría encerrado en su escayola, en su silla, en su casa para siempre. Empezó a pensar que no podía seguir así, no podía quedarse sin hacer nada dentro de su cuerpo roto ni un momento más. Pensó en su hermana, Caroline, que ya no estaba. Pensó en su ausencia, que no comprendía, pero mientras la manilla del reloj iba pasando laboriosamente de un minuto a otro, deseó desaparecer él también. Fuera de la cancha de baloncesto, no servía para nada. Nadie lo echaría de menos. Si desaparecía, sería como si nunca hubiera existido. Nadie hablaba de Caroline y nadie hablaría de él. Solo cuando por fin le quitaron la escayola y pudo correr y tirar de nuevo, tanto la niebla como la idea de desaparecer fueron desvaneciéndose.

Gracias a sus notas decentes y a que era una promesa como jugador de baloncesto, le ofrecieron un puñado de becas en universidades con programas de baloncesto de primera división. William agradeció las becas porque sus padres jamás habían insinuado que fueran a pagarle la universidad, y también porque se lo tomó como una garantía de que jugaría al baloncesto. Quería marcharse de Boston —nunca había estado a más de ciento veinte kilómetros del centro de la ciudad—, pero el calor húmedo del sur le ponía nervioso, de manera que aceptó la beca de la Universidad Northwestern, en Chicago. A finales de agosto de 1978, se despidió con un beso de su madre y le estrechó la mano a su padre en la estación. Mientras apretaba la palma contra la de su padre, se le ocurrió la extraña idea de que tal vez no volvería a verlos nunca. Ellos solo habían tenido un hijo y no era él.

En la universidad, William se decantó por las clases de Historia a la hora de elegir optativas. Tenía hondas lagunas en su conoci-

miento de cómo funcionaba el mundo y pensaba que encontraría las respuestas en la historia. Le gustaba que la asignatura se centrara en eventos dispares para encontrar un patrón entre ellos. Si pasaba tal cosa, entonces pasaba la otra. Nada sucedía por puro azar y, por lo tanto, podía trazarse una línea desde un archiducado austriaco hasta una guerra mundial.

La vida universitaria era demasiado nueva como para resultar predecible, por eso a William le resultaba imposible encontrar el equilibrio entre los animosos estudiantes que le ofrecían chocar los cinco por el ruidoso pasillo de su residencia. Dedicaba los días a estudiar en la biblioteca, a entrenar en la cancha de baloncesto y a asistir a clases. Sabía qué hacer en cada lugar. En las aulas, se dejaba caer en la silla, abría el cuaderno y notaba que el cuerpo se le aflojaba de alivio cuando el profesor comenzaba a hablar.

Apenas advertía a los otros estudiantes durante las clases, pero Julia Padavano destacaba en el seminario de Historia Europea. Parecía que tenía el rostro iluminado de indignación y volvía loco con sus preguntas al profesor, un anciano británico que estrujaba en el puño un pañuelo enorme. Tenía el pelo largo y rizado, que se meneaba como unas cortinas en torno a su cara luminosa cuando decía cosas como: «Profesor, me interesa el papel de Clementine en todo esto. ¿No es cierto que era la principal consejera de Churchill?» o «¿Podría explicar el sistema de codificación en tiempos de guerra? Me refiero a cómo funcionaba en concreto. Me gustaría ver algún ejemplo».

William jamás hablaba en clase ni utilizaba las horas de tutoría del profesor. Pensaba que el papel de un estudiante era mantener la boca cerrada y empaparse de todo el conocimiento posible. Compartía la opinión del docente sobre la chica de cabello rizado, a saber, que sus frecuentes interrupciones y preguntas eran de mala educación, aunque a menudo a William le resultaban interesantes. El tejido de una clase sería consistía en que los estudiantes escucharan y el profesor impartiera sabiduría desenrollando con primor una alfombra de palabras. Aquella chica horadaba agujeros en ese tejido, como si ni siquiera supiera de su existencia.

Una tarde, después de clase, William se llevó un sobresalto cuando la joven apareció a su lado y dijo:

—Hola. Me llamo Julia.

—Yo, William. Hola. —Tuvo que carraspear. Aquella bien podía ser la primera vez que había hablado en todo el día.

Ella lo miraba con unos ojos grandes y serios. William advirtió que el sol le arrancaba destellos de color miel en el pelo. Parecía iluminada, por dentro y por fuera.

—¿Por qué eres tan alto?

No era raro que la gente hiciera comentarios sobre su altura. Él comprendía que su tamaño resultaba sorprendente y que casi todo el mundo se sentía impulsado a decir algo. No había día que no oyera varias veces la frase: «¿Qué tal se respira por ahí arriba?».

Pero Julia había hecho la pregunta con aire suspicaz y su expresión le hizo reír. Se detuvo en el camino que rodeaba el patio, de manera que ella se paró también. William apenas se reía nunca y le hormigueaban las manos como si acabaran de despertar de un entumecimiento por falta de oxígeno. La sensación general era de un agradable cosquilleo. Más tarde, recordaría ese momento y sabría que fue entonces cuando se enamoró de ella. O, por decirlo con más precisión, cuando su cuerpo se enamoró de ella. En mitad del patio, la atención de una chica en particular hizo temblar de risa hasta a los rincones más remotos de su ser. Su cuerpo, cansado y aburrido de su mente vacilante, había hecho estallar fuegos artificiales en los nervios y los músculos para alertarlo de que estaba sucediendo algo importante.

—¿De qué te ríes? —preguntó Julia.

Él casi consiguió dominarse.

—No te ofendas, por favor.

Ella hizo un gesto de impaciencia con la cabeza.

—No me ofendo.

—No sé por qué soy tan alto. —Aunque lo cierto era que en secreto creía que había crecido por pura fuerza de voluntad. Un baloncestista serio necesitaba medir por lo menos uno noventa, y

William había estado tan empeñado en ello que se las había apañado para desafiar su herencia genética—. Estoy en el equipo de baloncesto.

—Así que por lo menos has hecho de ello una virtud. A lo mejor voy a ver algún partido. Por lo general, no me interesan los deportes y solo vengo al campus a las clases. —Hizo una pausa y luego añadió muy de prisa, como avergonzada—: Vivo en casa para ahorrar dinero.

Julia le pidió que le escribiera su número de teléfono en el cuaderno de Historia y, antes de que se marchara, William quedó en llamarla la tarde siguiente. Hasta cierto punto, era irrelevante que a él le gustara o no, pues aquella joven parecía haber decidido a mitad del partido que saldrían juntos. Más tarde le contaría que llevaba semanas fijándose en él en clase y que le gustaba lo atento y serio que era.

—No medio tonto, como los otros chicos —añadió.

Incluso después de conocer a Julia, el baloncesto siguió ocupando la mayor parte del tiempo y los pensamientos de William. Había sido el mejor jugador en el equipo del instituto, pero en Northwestern le horrorizó descubrir que estaba entre los más débiles. En su equipo, su altura no era suficiente para hacerlo destacar y los otros jóvenes eran más fuertes que él. La mayoría llevaban años levantando pesas y a William le dio pánico que nunca se le hubiera ocurrido hacer lo mismo. Durante los entrenamientos, lo apartaban con facilidad, lo tiraban al suelo. Empezó a ir a la sala de pesas antes de los entrenamientos y se quedaba en la cancha hasta tarde para lanzar tiros desde diferentes ángulos. Tenía hambre a todas horas y siempre llevaba bocadillos en los bolsillos de la chaqueta. Se dio cuenta de que era posible que su papel allí fuera el de «jugador de equipo». Era bastante bueno en los pases, los lanzamientos y la defensa, de manera que podía resultar de utilidad por más que no fuera un atleta muy dotado. Su mejor habilidad era que rara vez cometía errores en la cancha.

—Un cociente intelectual de baloncesto alto, pero de pocos vuelos —oyó decir de él a uno de sus entrenadores.

Su beca requería que realizara algún trabajo en el campus y de la lista de posibilidades eligió la que tenía lugar en el edificio del gimnasio, pues resultaría conveniente para el baloncesto. Se presentó a la hora indicada en la lavandería del sótano del enorme edificio, donde lo aguardaba una mujer flaca con gafas y un alto peinado afro. Ella meneó la cabeza.

—Este no es tu sitio. ¿Te han dicho que vengas aquí? A los chicos blancos no les asignan la lavandería. Tienes que meterte en la biblioteca o en el centro de recreo de los estudiantes. Anda, ve.

William recorrió con la mirada la estrecha sala. En una pared había una hilera de treinta lavadoras y, en la otra, otras tantas secadoras. Era cierto que, por lo que podía ver, allí no había ningún otro blanco.

—¿Y eso importa? —preguntó—. Quiero trabajar aquí. Por favor.

La mujer meneó de nuevo la cabeza y las gafas le bailaron en la nariz, pero antes de que pudiera decir nada, una mano se posó brusca sobre el hombro de William y una voz profunda pronunció su nombre. Era uno de los jugadores, también de primer año, un potente delantero llamado Kent. Kent poseía casi las habilidades contrarias de William: era un atleta supremo que encestaba teatrales canastas, rompía los tableros y corría disparado cada minuto del partido, pero no interpretaba bien las jugadas, provocaba múltiples fallos y nunca sabía dónde ponerse para defender. El entrenador se llevaba las manos a la cabeza cuando veía a Kent correr por la pista, probablemente sobrecogido por la disparidad que había entre el potencial físico del joven y su juego tan veloz como errático.

—Hey, tío, ¿tú trabajas aquí también? Yo le puedo enseñar cómo va esto, si quiere, señora. —Kent le ofreció a la estricta mujer una ancha y encantadora sonrisa que logró ablandarla.

—Vale, bien. Llévatelo y yo haré como que no está aquí.

A partir de ese momento, William y Kent programaban sus turnos en la lavandería para poder trabajar juntos. Lavaban cientos de toallas y los uniformes de todos los equipos. Las equipacio-

nes de fútbol americano eran las peores debido al olor y a las marcadas manchas de hierba, que requerían que se frotara la tela con una lejía especial. Ambos chicos desarrollaron un ritmo para llevar a cabo cada paso del proceso de lavado y así, centrados en la sincronización y la eficiencia, el trabajo parecía una extensión de los entrenamientos. Aprovechaban el tiempo para analizar partidos y cavilar cómo podría mejorar el equipo.

Una tarde, mientras doblaban una enorme pila de toallas, William le explicó:

—La cosa va así: base a escolta para empezar, el alero sale de la pantalla de línea de fondo y el base o el escolta hace pantalla al ala-pívot. —William hizo una pausa para ver si Kent lo entendía—. Si el pase va al ala-pívot, el alero sale de la esquina y el escolta sale de esa pantalla, y el base hace pantalla en el lado débil.

—Haciendo una pantalla a la pantalla.

—Exacto, y si el ala-pívot la pasa al alero, entonces se repite la ofensiva flex.

—¡Es demasiado predecible! El entrenador nos quiere hacer repetir lo mismo una y otra vez.

—Pero si lo hacemos bien, la defensa no puede hacer gran cosa para parar la jugada, aunque la vean venir, sobre todo si nosotros...

—Chicos —los interrumpió un hombre que estaba en la secadora de al lado—, no se entiende nada de lo que decís. O sea, yo veo baloncesto y no tengo ni idea de lo que estáis hablando.

Kent y William sonrieron. Al final de su turno, subieron al gimnasio, donde por lo menos había diez grados menos, a tirar unas canastas.

Kent era de Detroit. Daba su opinión sobre todos los equipos y los jugadores de la NBA a gritos y a menudo interrumpía las frases a la mitad para reírse de alguno de los chistes malos que volaban como aviones de papel por todo el vestuario. Durante los entrenamientos, recibía constantes gritos del entrenador por sus fanfarronas jugadas. Kent se disculpaba, pero era incapaz de dominarse y a los cinco minutos volvía a hacer lo mismo.

—¡Los fundamentos! —bramaba el entrenador una y otra vez.

Kent aseguraba que era pariente de Magic Johnson, que era sénior en Michigan y, según la opinión común, sería al primero que elegirían en la selección de la NBA. Kent caía bien a todo el mundo y le resultaba tan fácil hacer amigos que a William le sorprendía que hubiera decidido dedicarle su tiempo. La única explicación posible era que Kent parecía disfrutar del talante callado de William, pues lo consideraba una oportunidad para llevar la voz cantante. Kent era casi el único que hablaba y William tardó en irse dando cuenta de que le contaba cosas personales para incitarlo a él a hacer lo mismo. Después de enterarse de que la abuela de Kent había padecido leucemia, cosa que había dejado a toda la familia impactada (por lo visto, la mujer había afirmado que viviría para siempre y era una persona tan formidable que todos se lo habían creído), William le contó que hasta el momento solo había enviado una carta a sus padres y que se iba a quedar en el campus durante las vacaciones de Navidad.

Tras una larga tarde de entrenamiento, mientras todos volvían andando despacio por el patio, con los músculos agotados y agarrrotados, Kent le dijo:

—A veces tengo que acordarme de que da igual que el entrenador me sienta en el banquillo o me grite porque no sabe apreciar mi precioso juego. Voy a estudiar Medicina. El entrenador no puede evitar mi futuro.

William quedó sorprendido.

—¿Vas a ser médico?

—Fijo, al cien por cien. Todavía no sé cómo voy a pagar los estudios, pero lo haré. ¿Tú a qué te vas a dedicar?

William era consciente del frío que sentía en los dedos. Estaban a principios de noviembre y el aire era como hielo en los pulmones. Lo cierto era que nunca había pensado en la vida más allá del instituto y sabía que se negaba a mirar hacia el futuro a propósito. Quería responder «al baloncesto», pero no era lo bastante bueno como para dedicarse a ello de manera profesional. La pregunta de Kent confirmaba que él tampoco lo consideraba bastante bueno.

—No lo sé.

—Pues empezaremos a pensarlo —replicó Kent—. Tienes talentos. Tenemos tiempo.

«¿Tenía talentos?», pensó William. No se le ocurría ninguno fuera de la cancha.

Un viernes por la noche a principios de diciembre, Julia fue a un partido. Cuando William la vio en las gradas, se le nubló la vista y le pasó la pelota al equipo contrario.

—¡Eh! —gritó Kent, corriendo junto a él—. ¿Qué coño ha sido eso?

En la línea de defensa, William robó el balón dos veces, lo que inclinó la balanza del juego a favor de los Wildcats. En la ofensiva, en la línea de tiro libre, hizo un pase con rebote a un lanzador abierto en la esquina.

Justo antes del descanso, Kent exclamó:

—¡Ya lo sé! ¡Tienes ahí a una chica! ¿Dónde está?

Después del partido —los Wildcats ganaron y William había jugado sus mejores minutos del principio de temporada—, subió a las gradas para ver a Julia. Solo al acercarse se dio cuenta de que estaba sentada con tres chicas que se parecían a ella. Todas tenían los mismos rizos alborotados que les llegaban hasta los hombros.

—Son mis hermanas. Las he traído para que te ojeen. Eso es jerga de baloncesto, ¿no?

William asintió con la cabeza y, bajo el escrutinio de las cuatro chicas, de pronto fue muy consciente de lo cortos que eran sus pantalones y de lo finísima que era su camiseta sin mangas.

—Nos ha gustado —aseguró una de las más pequeñas—, pero parece agotador. Yo no he sudado en toda mi vida tanto como has sudado tú. Soy Cecelia y esta es mi gemela, Emeline. Tenemos catorce años.

Emeline y Cecelia le dedicaron sendas sonrisas amistosas que él les devolvió. Julia y la hermana que tenía al otro lado lo observaban como un joyero observaría una piedra preciosa para tasarla. No le habría sorprendido que una de ellas se sacara del bolso una lupa para llevársela al ojo.

—Parecías tan fuerte... ahí, en la cancha.

William se sonrojó y las mejillas de Julia también se tiñeron de rosa. Era evidente que aquella preciosa chica lo deseaba. William no se podía creer la suerte que tenía. Nadie lo había deseado antes. Ansiaba estrecharla entre los brazos, delante de sus hermanas, delante de todo el mundo, pero aquella clase de atrevimiento no estaba en su naturaleza. Estaba empapado en sudor y Julia hablaba de nuevo.

—Esta es mi hermana Sylvie. Yo soy la mayor, pero solo por diez meses.

—Encantada —saludó Sylvie. Tenía el pelo un poco más oscuro que Julia y era más menuda, tenía menos curvas. Seguía observando a William mientras Julia se ufanaba como un pavo real desplegando la cola.

Él vio de pronto que uno de los botones de Julia, demasiado tenso sobre su generoso pecho, se desabrochaba, y logró atisbar un instante su sujetador rosa antes de que ella volviera a recolocárselo todo.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó Emeline o tal vez Cecelia. No eran idénticas, pero sí muy parecidas: tenían la misma tez color oliva y el mismo pelo castaño claro.

—¿Hermanos? Ninguno. —Aunque, por supuesto, pensó en la fotografía enmarcada de la pequeña pelirroja que había en el salón de sus padres.

Julia ya sabía que era hijo único —había sido una de las primeras preguntas que le había hecho durante su primera llamada telefónica—, pero las otras tres niñas se mostraron impactadas de una forma un tanto cómica.

—Eso es terrible —dijo Emeline o Cecelia.

—Deberíamos invitarlo a cenar a casa —sugirió Sylvie. Las otras asintieron—. Está muy solo.

Así pues, a los cuatro meses de llegar a la universidad, William se encontró con su primera novia y una nueva familia.